

CONFERENCIAS Y COMUNICACIONES

UN DRAMATICO EPISODIO DE LA HISTORIA DE GRANADA Y ALMERIA EN EL SIGLO XI (1028-1038) *

NO soy de los que creen que la verdadera grandeza de los pueblos, sean antiguos o modernos, estriba en su poderío militar, en el brillante elenco de las batallas ganadas y en las estupendas conquistas belicosamente realizadas; más bien estimo que sería conveniente rectificar ciertos juicios sobre pueblos y personajes, e incluso cambiar radicalmente la orientación dada al estudio de la Historia, que a menudo no parece sino un espectral desfile de víctimas y verdugos, de guerras cruentas y arrogantes vencedores. Sin embargo, hay que reconocer que en gran parte la vida de los pueblos, como la de los individuos, es lucha —*milicia*, en expresión del libro de Job—; es un esfuerzo constante y penoso contra los infinitos elementos que conspiran contra la realización de altos fines y nobles ideales. Aun cuando se desata el hervidero de las pasiones hasta desencadenar terribles conflagraciones, en las que —digan lo que quieran los partidos beligerantes y sus incondicionales admiradores— solamente uno de los contendientes suele tener la razón y la justicia de su parte, aun entonces hay un fondo innegable de grandeza, semejante a la fatídica y hasta satánica sugestión de los abismos.

Considerada en este aspecto belicoso la historia de un pueblo, puede brindarnos cuadros magníficos de épica grandeza, cuya va-

* Conferencia pronunciada en el XI Curso de Extranjeros (1958) organizado por la Universidad de Granada.

loración dependerá del nivel que alcancen los móviles propulsores de esas contiendas. La Historia de España, tan pródiga en hechos gloriosos, ostenta episodios de singular atracción en esa magna epopeya contra el Islam, que duró ocho siglos, y fue el yunque donde se forjó el temple heroico de una raza predestinada por Dios para descubrir y civilizar un mundo y alumbrar veinte naciones.

Todo cambia en la dinámica del cosmos y en la vida de los pueblos, mas también hay un elemento de estática firmeza, que asegura la perennidad de destino. En la Historia patria, junto a esos valores eternos, aunque siempre perfectibles, con ímpetus de perpetuo *Plus Ultra*, existen otros que, incorporados accidentalmente al patrio solar durante largas centurias y hasta milenios —como los musulmanes y los hebreos—, dejaron profunda huella en nuestro carácter, instituciones, idioma, ideología y cultura. Esos personajes, de exótico atuendo, extraña religión, disonante lengua y dispar psicología, son, a pesar de todo, españoles, que amaban, como nosotros y aun más a veces, este sagrado cielo bajo el cual nacieron, las dulces auras que arrullaron su infancia, los ríos y los montes que nosotros contemplamos.

Esos pueblos y razas, a menudo tan diferentes y hostiles entre sí, esos estados grandes o minúsculos, que como variado mosaico esmaltaban el solar hispano en la Edad Media, desde el Tajo y el Ebro hasta el Mediterráneo y el Atlántico, promovían entre ellos mortales contiendas y guerras sin cuartel, como también los reinos cristianos del Norte, hasta que se alzaron con la hegemonía Castilla y Aragón, dos coronas que fundieron sus resplandores en el bienhadado connubio de Fernando e Isabel.

Por eso nos interesan grandemente los azares y vicisitudes de esos reinos de la España meridional y no menos los ilustres personajes que en ellos florecieron y constituyen porción inalienable de nuestra historia. Tal interés sube de punto cuando ciertas figuras están vinculadas a la región o ciudad en que hemos nacido o vivimos y se alzan como estelas grandiosas en los tortuosos caminos del pasado. Ciudades o villas españolas que hoy apenas resaltan en un segundo o tercer plano, ostentaron antaño regia diadema y constelaron de ricas preseas el manto de la madre patria.

En la vida de las naciones o colectividades, como en la de los individuos, de la que es aquélla trasunto, hay años pletóricos de sucesos, y otros, en cambio, serenos y monótonos, de pacífica ac-

tividad o vituperable holganza. Así, el tema de la presente disertación se contrae a una década no más, en que el reino de Almería y el de Granada, dos taifas regidas por sendos visires de muy dispar condición, pero uno y otro de recia personalidad y altas ambiciones, entablaron dramática contienda, que terminó trágicamente con la muerte del rey y el visir de la taifa almeriense.

Al derrumbarse el soberbio edificio del califato cordobés, surgieron entre sus ruinas, como es sabido, una treintena de minúsculos reinos de *taifas* o banderías, en las que pululaban tres grupos marcadamente distintos e irreconciliables enemigos: los africanos o *berberiscos*, los llamados *eslavos* y los que ya tenían categoría de *nacionales*, familias árabes o africanas instaladas en España desde la conquista, hacía ya tres siglos. Entre los ocho reinos de mayor relieve, el de Almería, perteneciente a las taifas eslavas, ocupa un destacado lugar. Durante ochenta años (1012-1091) —con un breve paréntesis de tres, en que estuvo anexionado a Valencia—, el reino de Almería disfrutó de relativa prosperidad y alcanzó gloria y honor en el campo de las Letras —el máspreciado blasón de los reyes de taifas—, sobre todo bajo los tres soberanos *tuŷibies*, dinastía de acreditado renombre por su mecenazgo literario, lo mismo en la corte almeriense por espacio de medio siglo (1041-1091) que durante los veinte años que anteriormente señoreó en Zaragoza (1017-1039).

Sirva este esbozo histórico no más que para situar adecuadamente los acontecimientos, pues los que nos interesan pertenecen al reino de Zuhayr (1028-1038), segundo soberano, después de Jairán (1012-1028) de la taifa almeriense.

* * *

El príncipe Zuhayr dio pruebas de habilidad y energía al principio de su reinado; pero tuvo la desgracia de que se le impusiera su visir Ahmad Ibn ʿAbbās, lo cual fué el origen de su ruina y trágica muerte. ¿Quién era este personaje, que acompañó a su soberano como fatídica estrella?

Era Ibn ʿAbbās hijo del que fue visir de Jairán, primer soberano de la taifa almeriense. Educado esmeradamente en la corte, había heredado, al par que la prestigiosa posición paterna, un palacio suntuoso, cientos de servidores, opulentas riquezas y una aureola de grandeza que él se encargó de acrecentar. Destacadas cualidades, oscurecidas por odiosos y graves defectos componían

la trama de su complejo carácter. R. Dozy, en su *Historia de los musulmanes de España*, hace de él este sugestivo retrato:

«El visir de Zuhayr de Almería, Ibn ^oAbbās, era un hombre muy notable. Decíase de él no tener igual en cuatro cosas: el estilo epistolar, la riqueza, la avaricia y la vanidad. Su riqueza era, en efecto, casi fabulosa, pues valuábase su fortuna en más de quinientos mil ducados ¹. Su palacio estaba amueblado con regia magnificencia y atestado de servidumbre; en él se albergaban quinientas cantoras escogidas, todas ellas de extraordinaria hermosura. Pero lo que más suscitaba la admiración era su inmensa biblioteca, que, aparte de numerosos cuadernos sueltos, contenía cuatrocientos mil volúmenes. Todo parecía concertarse para hacer la felicidad de este favorito de la Fortuna. Era hermoso y joven, pues apenas contaba treinta años; su cuna era noble, como descendiente de la antigua tribu de los defensores de Mahoma; nadaba en oro, y, como además era muy instruído, tenía la réplica pronta y se expresaba con gran corrección y elegancia, gozaba de alta reputación literaria. Desgraciadamente se había apoderado de él una especie de vértigo; su presunción no tenía límites y le había creado innumerables enemigos. Sobre todo los cordobeses estaban furiosos contra él porque en cierta ocasión que estuvo en su ciudad con Zuhayr, trató con el mayor desdén a los más distinguidos por su alcurnia y su talento, y al marchar había dicho: «No he visto aquí más que mendigos e ignorantes». La realidad es que su presunción rayaba en la locura. «Aunque todos los hombres fuesen mis esclavos —decía en sus versos— mi alma no estaría aún satisfecha. Querría encumbrarse hasta un lugar más elevado que las más altas estrellas, y desde allí todavía querría seguir subiendo» ².

Un cronista árabe le retrata con tres repulsivas pinceladas til-

¹ Dozy consigna en nota que según el valor de la moneda cuando él escribía (1861) esta suma era equivalente a 35 millones de francos.

² *Histoire des musulmans de l'Espagne*, nouv. éd. rev. par E. Lévi Provençal, 1932, t. III, p. 22-23.

dándole de «bribón, libertino y astuto», y añade que «adquirió tal preponderancia sobre Zuhayr que éste le abandonó el poder, y nada se emprendía sin que él diera su opinión y sin que fuera consultado»³.

Su pericia en el estilo epistolar, cualidad a la sazón muy apreciada, sobre todo en un alto dignatario real, sus composiciones poéticas y su elegante elocución nos le revelan como exquisito literato y fino estilista. Su espléndida biblioteca, el tesoro que más estimaba tal vez, pues en ella guardaba preciosidades bibliográficas, es claro exponente de su gran amor a la cultura. Es curioso notar que exactamente la misma cifra de cuatrocientos mil libros se consigna por los historiadores para la gran biblioteca de Al-Ḥakam II, hijo y sucesor del fundador del Califato y bibliófilo sin par, que acrecentó notablemente la biblioteca real de su padre °Abd al-Rahmān III, y del cual dice el arabista holandés antes citado: «Nunca había reinado en España un príncipe tan sabio .. y ninguno buscó con tal ansia libros raros y preciosos.» Esto autoriza a pensar que tal vez sea algo exagerada la indicada cantidad de volúmenes en la biblioteca del visir almeriense, aun cuando fuera rica y valiosa: incluso es más que verosímil hubieran ido a parar a ella no pocos ejemplares de la aventada biblioteca cordobesa. Como quiera que sea, el afán bibliófilo de Ibn °Abbās denota un espíritu procer y selecto y una noble ambición de expansión cultural. Su magnífica biblioteca podría convertirse en un foco de ilustración del reino y de atracción de poetas, sabios y literatos, que le dieran brillo y esplendor, para así superar a las demás cortes hispano-musulmanas. Conocida es la ardorosa emulación que en el campo de las Letras acuciaba a los reyes de taifas, y el ejemplo que los mismos soberanos y sus visires daban en el cultivo de la poesía y otros géneros literarios, no contentos con el mecenazgo que generosamente dispensaban. Después hemos de ver otros datos elocuentes de la gran estimación que nuestro visir profesaba a sus libros.

Las grandes riquezas que atesoraba Ibn °Abbās le conferían señorial prestancia, y le ayudaban a desplegar una pompa y boato verdaderamente regios que aumentaban el ascendiente e influjo por él ejercidos cerca de su soberano y podían ser camino para la realización de sus ocultos y ambiciosos designios.

3 Crónica de los reyes de taifas (*Muluk al taʿwāʿif*).

Su noble prosapia, su vasta cultura, mucho más deslumbradora entre gentes de escasa o nula ilustración, su regia opulencia, el alto cargo que en la corte desempeñaba en plena juventud, su gran valimiento y hasta absorbente dominio cerca del monarca eran factores muy apropiados para fomentar una vanidad y jactancia por encima de las estrellas en quien, como el visir Ibn 'Abbās, carecía del venturoso lastre de las sólidas virtudes que labran la grandeza de los pueblos. Esto sería el origen y principal causa determinante de su ruina.

La avaricia —cuarta de las preeminencias que hemos citado— era el cauce engrosador de sus proverbiales riquezas, pero no incentivo para el amor de sus conciudadanos, a quienes irritaba la arrogante presunción del visir. Con frecuencia repetía, sobre todo jugando al ajedrez, este verso suyo:

«Por lo que a mí respecta, el Infortunio duerme siempre — y le está prohibido herirme».

Este desafío lanzado al Destino había excitado indignación general en el pueblo almeriense, y un audaz poeta se hizo el intérprete de la opinión pública sustituyendo así el segundo hemistiquio:

«Mas tiempo vendrá en que el Hado, siempre alerta le despertará» (al Infortunio). Fue un verdadero vaticinio.

La arrogancia despectiva que desplegabá el vanidoso visir no eran la mejor manera de granjearse simpatías. Además, aborrecía a los beréberes y despreciaba a los judíos, con lo cual se ganaba la enemiga de estos dos poderosos sectores, que es obvio le pagarían con idéntica moneda. Pero quizá la pasión dominante allá en el fondo del alma del visir fuera la ambición sin frenos ni cortapisas, que no se contentaba con menos que escalar el trono de su propio soberano. Los hechos que después referiremos dan margen para esta terrible suposición.

Ante ese conjunto de tan diversas cualidades, en que el talento y bellas dotes no parecían sino serviles acicates para odiosas o inconfesables pasiones, cualquier fino observador que no estuviera tan dominado y hasta anulado por el astuto e imperativo visir como lo estaba el príncipe Zuhayr, habría augurado funestos males.

Pero dejemos al arrogante visir Ibn 'Abbās acariciando sus sueños de gloria y grandeza, y encubriendo sus pérfidas intrigas bajo el ostentoso manto de su boato y su amor a los libros y a la

cultura, y veamos qué ocurría entre tanto en el vecino reino de Granada.

* * *

Reinaban a la sazón en Granada los ziríes, berberiscos, entronizados por Zawī ben Zirī el mismo año de 1012 en que se constituyó en Almería la taifa eslava. Su ambición y la nostalgia de su patria africana perdieron a Zawī, y al abandonar éste Granada con su familia y un grupo de adeptos (1025) «cada uno de los cuales valía tanto como cien jinetes en bravura, vigor y discernimiento», los mismos delegados que en la ciudad había dejado el monarca ofrecieron la corona a un sobrino de éste, Habbūs ben Maksān. Obró el nuevo soberano con rapidez y habilidad; y al llegar sin demora a la capital granadina obtuvo la adhesión y ofrecimiento de lealtad del preponderante grupo de las Sinhāya. «Nada vino a perturbar el gobierno de Habbūs ben Maksān, cuya conducta fue excelente y su gobierno, justo»: así resume en sus *Memorias* el reinado de Habbūs, que duró unos trece años, su biznieto °Abd Allāh, el último rey de la dinastía zirí de Granada, destronado por los almorávides (1090).

Coinciden los cronistas en afirmar que el gobierno de Habbūs (1025-1038) se caracterizó por una gran labor de organización de sus estados, cuya administración se confió al judío Šemuel ibn Nagrella

Sucedió a Habbūs en el trono su hijo Bādīs (1038-1073), el cual, a pesar del retrato parcial y paliatorio que de él nos ha dejado en dichas *Memorias* su nieto y sucesor inmediato °Abd Allāh, está reconocido por los historiadores como un monarca de talento político, sí, pero de energía salvaje y cruel ferocidad. Mas cupo al reino zirí, desde 1027 o poco después, es decir desde los comienzos mismos del reinado de Habbūs y durante gran parte del siguiente, la gran fortuna de tener como visir a un hombre extraordinario, un genio superior y polifacético, de los que muy de tarde en tarde hacen su aparición en el mundo: fue el mencionado Šemuel ibn Nagrella, que en el decurso de treinta años actuó como mentor de dichos dos monarcas y árbitro decisivo de los destinos del reino zirí.

Judíos y musulmanes, aunque desde visos diferentes, han prodigado altos elogios a este notabilísimo personaje, que encerraba en sí facetas y méritos sobrados para otorgar la inmortalidad a varios individuos. Nada extraño que los judíos alaben a su glo-

rioso correligionario Šemuel *ha-Nagīd*, como suelen denominarle, es decir «príncipe o jefe de las aljamas judaicas», cargo que ejerció durante treinta años: él fue, sin menoscabo de las gravísimas responsabilidades del visirato, el más denodado paladín de su raza y de las letras hebraicas. Pero que le encomien asimismo los musulmanes, entre quienes la conspiración del silencio parece una consigna tratándose de los ilustres personajes hebreos que entre ellos convivieron y sus hechos memorables, como no sea para denigrarlos y escarnecerlos, es en verdad sorprendente.

Véase como ejemplo los versos que le dirigió el poeta árabe Munfatil, agradecido a sus mercedes, y que —advierte Dozy— los escritores musulmanes citan con santo horror y vemos citados por Ibn Bassam en su *Dahīra*:

«Oh, tú, que has reunido en tu persona todas las bellas cualidades, de las que los demás sólo poseen una parte, tú que has dado la libertad a la Generosidad cautiva, tú que eres superior a los hombres más liberales del Oriente, como el oro excede al cobre. ¡Ah! Si los hombres pudieran distinguir la verdad del error, solamente aplicarían su boca sobre tus dedos. En vez de tratar de agrandar al Eterno besando la piedra negra en la Meca, besarían tus manos, pues ellas son las dispensadoras de la felicidad. Gracias a tí he obtenido aquí abajo lo que apetecía, y gracias a tí espero conseguir allá arriba lo que anhelo. Cuando me encuentre junto a tí y los tuyos, profeso paladinamente la religión que prescribe la observancia del sábado; y cuando me hallo entre mi pueblo, la profeso en secreto.»

El mismo °Abd Al-lāh, a pesar de la preocupación que guía su pluma, de enaltecer la memoria de sus dos inmediatos predecesores en el trono, a vuelta de algunas insinuaciones malévolas y aseveraciones que desfiguran los hechos, reconoce las dotes sobresalientes del visir Ibn Nagrella —Abū Ibrahim, como él y los árabes le llaman—, su dúctil sagacidad en los negocios, habilidad extraordinaria para engrosar el erario real y sanear la situación financiera del Estado. Pero silencia otras relevantes prendas y sus grandes servicios al reino zirí.

Más expresivo y completo en sus elogios —sin perdonar los

dictorios— es el historiador Ben Hayyān, que nos ha dejado la siguiente estupenda semblanza del visir Sēmuel:

«Este hombre maldito, aunque Alá no le había hecho conocer la sola religión verdadera, era, sin embargo, un hombre superior: poseía extensos conocimientos; sufría con paciencia las conductas torpes; a un espíritu lúcido y notable por su vivacidad, a maneras dulces y amables unía un carácter firme, hábil y sagaz. Siempre de una cortesanía exquisita, sabía aprovechar todas las circunstancias, poseía el talento de halagar a sus enemigos y de ganarlos y desarmar su odio por su dulzura. ¡Qué hombre extraordinario! Escribía en las dos lenguas (árabe y hebreo); había estudiado la literatura de los dos naciones; había profundizado en los primores de la lengua arábica y se había familiarizado con los escritos de los gramáticos más sutiles.

«Hablaba y escribía, pues, el árabe con una gran facilidad, empleando esta lengua en sus propias cartas y en las que enviaba en nombre del soberano; se servía de las fórmulas habituales a los musulmanes, dirigía alabanzas a Alá, imploraba la bendición de Alá para Mahoma nuestro Profeta, y exhortaba al destinatario de la carta a visir piadosamente según los preceptos del islamismo, cuya benéfica influencia glorificaba. En suma, habría podido creerse que sus cartas estaban escritas por un buen musulmán, ni más ni menos. Sobresalía, además, en las ciencias de los antiguos (los griegos), las ciencias exactas, y sobrepasaba a los que se consagraban a ellas, por su conocimiento de la Astronomía, que había estudiado con minuciosa atención. En las Matemáticas y en la Lógica poseía conocimientos suficientes; pero era superior en la dialéctica y en este terreno vencía siempre a sus adversarios. No obstante la vivacidad de su espíritu, hablaba poco y pensaba mucho. Reunió una hermosa biblioteca.»

Basten estos bosquejos para perfilar la gran figura de Ibn Nagrella. Ya en otras ocasiones hemos ponderado sus grandes méritos como poeta y escritor, al par que su espléndido mecenazgo y eficaz magisterio.

Tenemos, pues, todas o las principales *dramatis personae*. En

primer lugar dos taifas vecinas, la de Almería y la de Granada, ambas bien consolidadas y con ansias de expansión o preponderancia, a expensas de los reinos colindantes, como casi todas las demás de aquel momento histórico. Una y otra están regidas por hábiles soberanos, pero sobre todo por la iniciativa y espíritu emprendedor de sus respectivos visires. Estos sueñan, cada uno a su manera, en el engrandecimiento de su reino, y, sea por antagonismo de raza o por la convergencia de sus aspiraciones, ambos se odian a muerte.

Vamos, pues, a asistir a un emocionante duelo de visires, con jaque a los reyes respectivos. ¿Quién resultará triunfador?

Ahora que ya nos son conocidos, quizá no esté fuera de lugar establecer un paralelo entre ambos personajes, a fin de poner de relieve las notables semejanzas y palmarias diferencias que los caracterizan. Aunque de origen muy distinto —el judío empezó siendo un droguero, y el almeriense era hijo de un acaudalado visir—, la fortuna los había en cierto modo equiparado. Jóvenes ambos, con escasa diferencia de edad, se veían encumbrados a la dignidad del visirato, brazo derecho y a veces también cerebro de los sultanes. Uno y otro eran hombres destacados por su talento, enamorados de la cultura y bellas letras, preponderantes y sagaces. Los dos ambicionaban la hegemonía y engrandecimiento del reino cuyas riendas gobernaban. Conocedores de los secretos de la alta y la baja política, de los ocultos resortes que mueven los acontecimientos, y recelosos mutuamente por sus encontradas intenciones, su choque entre las redes sutiles de la diplomacia o incluso en el campo abierto de las armas parecía inevitable. Uno y otro se movían con soltura y distinción en el ámbito de la suntuosidad y la elegancia; el uno por haber nacido en opulenta cuna, y el otro por su natural prestancia y grandeza de espíritu.

Pero en las cualidades morales diferían profundamente y no menos en las maneras y procedimientos diplomáticos seguidos por cada cual. Era Ibn ^oAbbās vanidoso y altanero en grado incommensurable, jactancioso y retador, lo cual le enajenó muchas simpatías, tanto entre sus conciudadanos como entre los de otros reinos; recordemos el caso de los cordobeses. Su codicia era proverbial, a pesar de sus decantadas e inmensas riquezas, y en su porte y acciones mostrábase ostentoso y deslumbrador. Ibn Nagrella, por el contrario, era modesto, benévolo y afable con todo el mundo, y poseía esa dignidad verdadera resultante no de la desde-

ñosa arrogancia sino de la espontaneidad y falta absoluta de pretensiones. Nada más lejos de él que la altivez de un arrivista o la infatuación de un nuevo rico. Lejos de avergonzarse de su prístina condición, preciábase de ella, y por su misma sencillez imponíase a sus detractores. Ninguno manejaba mejor que él la alabanza y la lisonja. El cargo prestigioso que desempeñaba, su excelente administración y habilidad financiera habían proporcionado al judío cuantiosas riquezas; pero, lejos de dominarle la avaricia, las empleaba generosamente en socorrer a los necesitados y de modo especial en ayudar a los poetas y hombres de letras.

El visir del rey Zahayr veía en el sabio y perpicaz ministro del monarca granadino un baluarte inexpugnable de ese reino, que se oponía a la realización de sus arteros designios; de ahí que se concertara primeramente con Ibn Baqanna, visir de los Hammudíes de Málaga, para procurar por todos los medios derrocar a Sémuel. A fin de lograr su objetivo no dudó el trapacero ministro del rey de Almería urdir toda clase de calumnias; pero todo fue en vano. La buena estrella del judío jamás se eclipsó. En vista de lo cual Ibn ʿAbbās cambió de táctica e intentó enemistar a su soberano con el rey de Granada, comprometiendo al primero en una alianza con Muḥammad, príncipe de la taifa de Carmona, manobra que dio el resultado apetecido.

Semuel, a cuya intuición y perspicacia no se ocultaba el odio y pérfidas intenciones de su contrario, le pagaba con el mismo odio mortal, pero sin recurrir a los aleves manejos y tortuosas maquinaciones de aquél, en quien veía no solamente un acérrimo adversario personal, sino el enemigo jurado del reino de Granada.

Durante el reinado de Habbūs el visir Ibn Nagrella, que supo ganarse la absoluta confianza del soberano, contribuyó en gran manera a consolidar la alianza de los ziríes de Granada con su vecino Zuhayr de Almería. Pero, instigado éste por su temerario e intrigante visir, cuyas ambiciones no se contentaban con menos que suplantar a su señor en el trono, buscó la alianza de Muḥammad ben ʿAbd Al-lāh al-Zanātī, príncipe de la pequeña taifa de Carmona.

Murió por entonces el rey Habbūs (junio de 1038), dejando dos hijos, Bādīs y Buluḡyīn; uno y otro tenían partidarios para la sucesión al trono. Los beréberes y algunos judíos se inclinaban por Buluḡyīn, que era el menor; en cambio, el poderoso Sémuel y otro sector judío, además de los árabes, preferían a Bādīs. La

guerra civil parecía inminente, pero de pronto Buluýyîn renunció a la corona y prestó homenaje a su hermano, ejemplo que imitaron sus secuaces. Es muy posible que la habilidad de Ibn Nagrella consiguiera convencer al príncipe. El nuevo soberano, de quien ya antes hicimos mención, y que naturalmente, confirmó al judío en su puesto de visir, significó su disgusto al de Almería a causa de la alianza concertada con el príncipe de Carmona, por la irreconciliable enemidad que tanto en Africa como en España separaba a los Sinhāya y Zanāta; pero, deseoso el granadino de restablecer la concordia, acordó una entrevista con el almeriense. Sin cuidarse éste de pedir previa autorización para cruzar la frontera, se personó en Granada con nutrida y fuerte escolta, acompañado del visir Ibn °Abbās, principal causante, sin duda, de la crítica situación creada.

Los acontecimientos se precipitan, y vamos asistir al tercer acto de este drama. La actitud de Zuhayr irritó grandemente al colérico Bādīs, y aun más todavía la arrogancia y tono de superioridad que, siempre por instigación de su visir, adoptó aquél en el curso de las negociaciones. Ya pensaba el rey de Granada en castigar al de Almería por su insolencia, cuando uno de sus oficiales, llamado Buluýyîn, como el hermano del rey, se encargó de realizar una postrer tentativa de conciliación, mediante una entrevista con el visir Ibn °Abbās, cuyos solapados manejos eran notorios. Increpale, pues, el oficial de Bādīs en estos términos: «Teme el castigo de Dios. Tú eres quien obstaculiza todo arreglo, pues tu señor se deja guiar de ti. Sin embargo, tú sabes, lo mismo que nosotros, que cuando obrábamos de común acuerdo, éramos afortunados en todas nuestras empresas, hasta el extremo que causábamos envidia a todo el mundo. Reanudemos, pues, nuestra alianza. El punto de discrepancia hasta ahora es el apoyo que tú dispensas a Muḥammad de Carmona. Abandona a este príncipe a su suerte, como exige nuestro emir, y todo lo demás se arreglará por sí mismo.» Ibn °Abbās le contestó con bastante desdén, y ante la insistencia y tono conmovedor del bereber, acabó por decirle: «Lo que te dije ayer, te digo hoy: si tú y los tuyos no hacéis lo que nosotros queremos, yo haré de manera que tengáis que arrepentiros.» Y aun recalcó más su desaffo.

Preso de indignación y de rabia el oficial comunicó el resultado de la entrevista a Bādīs y su Consejo, y después añadió, como grito de guerra: «Sinhaýa, la arrogancia de ese hombre es insoportable.

Levantaos todos para aplastarla; de lo contrario no seréis dueños de vuestras moradas.» Los granadinos se adherieron y el hermano del rey Bādīs, más furioso que ninguno, le apremió a éste para que sin dilación adoptara las medidas necesarias para castigar a los almerienses; Bādīs se lo prometió.

Resuelto Bādīs a apoderarse de Zuhayr y de su visir, mandó un fuerte destacamento que ocupara el desfiladero de Alpuente, por donde los almerienses tenían que pasar. Sin embargo, parece ser que aun realizó otra tentativa para ganar la voluntad del antiguo aliado de su padre, y le advirtió secretamente por un emisario del peligro que corría. No le pareció mal el consejo al soberano almeriense, pero Ibn °Abbās, que asistía a la entrevista, torció con su intervención la prudente determinación que aquél iba a adoptar. Dice Dozy que los enemigos de Ibn °Abbās lanzaron la especie de que rechazó el consejo del emisario, que era un oficial beréber del ejército almeriense, no porque lo creyera desacertado, sino porque deseaba que Zuhayr fuese muerto, para reinar él en su lugar, confiando salvarse por la fuga. Y añade el mismo historiador que tal vez no carezca de fundamento tal acusación, puesto que el propio Ibn °Abbās se jactó después ante el rey Bādīs de haber atraído a Zuhayr a una asechanza.

Al día siguiente, 3 de agosto de 1038, Zuhayr y sus soldados, con gran consternación, se vieron cercados por las tropas del rey de Granada. No perdió, sin embargo, la serenidad el valeroso monarca, y ordenó en batalla su infantería negra, en la que tenía más confianza y cuyo número ascendía a quinientos combatientes, y a los andaluces, que eran peores soldados. La defección de los primeros, que se pasaron al enemigo, después de haberse apoderado del depósito de armas, y la fuga precipitada de los segundos, obligó al soberano y caudillo de la hueste, con todo su pesar, a buscar la salvación en la huida. Mas como el puente del lugar llamado Alpuente —*Al-Bunt*, dicen los árabes— estaba cortado y ocupados los desfiladeros por los atacantes, dispersáronse los fugitivos por las montañas vecinas. Acosados por los granadinos que, sable en mano, no se daban punto reposo, haciendo horrible carnicería, la mayor parte sucumbieron en la refriega y otros hallaron la muerte en los horribles precipicios de aquellos parajes. De este número fue el infortunado Zuhayr, soberano digno, en verdad, de mejor suerte.

Ante el desarrollo de estos sucesos cabe preguntarse las inten-

ciones que abrigaba el monarca almeriense y sobre todo su dominante visir al penetrar en el territorio granadino con una hueste militar tan considerable como hemos visto, que con toda seguridad pasaba de mil hombres y llevaba consigo abundantes armas y pertrechos de guerra. Hay que reconocer que como escolta de honor del rey y su pomposo ministro excedía de los límites razonables. Quizá tuvieran el propósito de perpetrar algún golpe audaz, cuya realización fracasó en vista del cariz que tomaron los acontecimientos y las precauciones adoptadas por los granadinos. La arrogancia que el rey y sobre todo su visir desplegaron en el curso de las negociaciones autoriza a suponerlo.

Los funcionarios civiles fueron cogidos prisioneros y entre ellos el visir Ibn ^ʿAbbās. El rey Bādīs había dado orden de perdonarles la vida. Creyendo el presuntuoso e iluso visir que nada debía temer, al verse ante el monarca granadino, señalando a los otros prisioneros habló así con cínica sonrisa: «Ya ves si he servido a tus intereses, puesto que te he librado de esos perros.» Los esclavos almerienses le dirigían feroces miradas, y un capitán, dirigiéndose a Bādīs, le dijo: «Señor, yo te conjuro por El que te ha dado la victoria, que no dejes escapar a ese infame, causa de la perdición de nuestro señor. El es el único culpable de todo lo ocurrido, y si yo pudiera ser testigo de su suplicio, tranquilo me dejaría cortar en seguida la cabeza.» Bādīs, sonriente, ordenó la inmediata libertad del bravo capitán, único entre los militares que no fué sentenciado a muerte. Ibn ^ʿAbbās, por el contrario, fué el único entre el personal civil que no fué puesto en libertad. El orgulloso visir que tantas veces había desafiado al Destino, cayó al fin en las garras inexorables de la desgracia, y fue reducido a prisión en un calabozo, cargado de cadenas que pesaban más de cuarenta libras.

A pesar de la odiosidad que despierta la felonía y jactancia del visir, hemos de consignar un rasgo simpático, propio para emocionar a todo buen bibliófilo. Al ser capturado, creyendo no tener nada que temer por su vida, solamente le inquietaba la suerte de los libros que consigo llevaba. «¡Dios mío, Dios mío! —exclamaba—; ¡Qué habrá sido de mis paquetes!» Y dirigiéndose a los soldados que le conducían a Bādīs, se apresuró a hacerles la siguiente advertencia: «Id a decir a vuestro señor que tenga gran cuidado de mis paquetes; que no se rompa nada, pues contienen libros de un valor inestimable.» Y cuando hubo comparecido ante

el rey Bādīs, después de la imprudente y desleal ocurrencia susodicha, pide al monarca, como pago al supuesto gran servicio que dice haberle prestado, ordene sean respetados sus libros, y añade: «Es lo que más estimo en el mundo.»

Cabe preguntarse con cierta extrañeza la razón de la presencia de tales libros —muchos y de gran valor, según se desprende de lo dicho— en las circunstancias que, conforme hemos visto, habían motivado aquella entrevista política con sospechas de algarada y rodeada de preparativos bélicos. La explicación que se nos ocurre es que el ostentoso y presumido visir tal vez quisiera efectuar ante los incultos beréberes granadinos un alarde de sus tesoros bibliográficos para deslumbrarlos. También en algún grado pudiera haber influido en su propósito de hacerse acompañar de tan valiosa impedimenta, a pesar de que *inter arma silent musae*, su innegable amor a los libros y el deseo de leerlos aun entre los azares de una incursión semi-belícosa y en los descansos de una turbulenta conferencia política. Recordemos que también Napoleón llevaba entre sus bagajes de campaña varios fardos de libros —muchos de ellos de la literatura griega y latina—, que para su menor volumen habían hecho encuadernar cortando todo lo más posible sus márgenes.

* * *

El regio cronista que anteriormente hemos citado nos da una versión notablemente distinta de la que hemos referido. Después de asegurarnos que el «ignaro» Zuhayr, a quien da el sobrenombre de «el Eunuco», escribía al dictado de su secretario Wálad «Abbās —intencionadamente ni siquiera le otorga la consideración de visir y ya vimos la ínfima concepción que hace del mismo—, dice que «le tentó la ambición de apoderarse de Granada». Al efecto, «vino hacia ella y estableció su campo en las proximidades de la ciudad, en el lugar llamado Alpuente. Hacía ostentación de su desprecio por el príncipe que reinaba en Granada, pretendía que los Sinhaÿa eran gentes de poco valor y que después de la muerte de Habbūs sus asuntos se encontraban muy embrollados. Si juzgaba de tal modo es porque Alá deseaba su pérdida».

Después de contar un sueño de Bādīs y su explicación, del mejor augurio, por el *muabbir* o «intérprete de los sueños», añade:

«El príncipe confió el mando de sus tropas a su hermano Buluÿÿin, que era muy valiente... Buluÿÿin atacó el

pésimo ejército de Zuhayr, y en menos de una hora fue éste derrotado, y muertos los eunucos que figuraban en él. Zuhayr desapareció y no se le encontró, ni vivo ni muerto. Fue la primera manifestación de la fortuna de Bādīs... Emprendió entonces la conquista del territorio de Zuhayr y añadió a sus posesiones los distritos vecinos de Almería.»

A pesar de estas afirmaciones la realidad es que el príncipe amirī de Valencia y Murcia, °Abd al-°Aziz, se apresuró a incorporar ese reino a sus estados, situación que duró tres años solamente, hasta que Sumadih, de la familia tuýibī, uno de los dos visires puestos por el valenciano como asesores de su hijo Al-Nasir, se declaró independiente y así continuó este reino hasta la conquista almorávide (1090). Esto explica claramente que ni Bādīs ni su ministro Ibn Nagrella abrigaban propósitos de anexión del reino almeriense. En cambio Zuhayr, o mejor dicho su ambicioso visir, es más que probable tuviera tales intenciones con respecto a Granada. Abona tal suposición el hecho de buscar previamente la alianza del reyezuelo de Carmona, mostrar una actitud diametralmente opuesta a toda *entente cordial* e incluso invadir los estados granadinos, si no exactamente en plan de campaña guerrera, sí al menos con un buen golpe de gente armada.

Colofón de los tristes sucesos que hemos narrado y desenlace final del trágico drama cuyo protagonista ha sido si visir Ibn °Abbās, fue la muerte espantosa de este malhadado personaje, que °Abd Al-lāh cuenta *a su manera* en estos términos :

«Llegó (Bādīs) a apoderarse de la persona de su enemigo Wālad °Abbās, secretario de Zuhayr y ordenó su muerte, declarándole personalmente responsable de haber encendido la guerra, y acusándole de muchas manibras, maldiciones groseras y actividades criminales, de las que antes había sido culpable y que le hizo reconocer.»

Algo hay de verdad en lo que antecede —lo relativo a las actividades del visir—, pero aun más de inexactitud —lo referente al procedimiento aplicado al desventurado prisionero—, pues coinciden los historiadores en afirmar fue el propio Bādīs quien despiadadamente le dio muerte con su propia mano, sin atender a súplicas y lamentos.

Dozy, que si no conoció las referidas *Memorias* del rey °Abd Al-lâh, estaba enterado como pocos de las crónicas árabes medievales, da un relato muy minucioso, al par que impresionante, de la triste situación y aciago sino del visir Ibn °Abbâs.

Sabía éste que Bādīs estaba irritado hasta el extremo contra él, y que el judío Sēmuel deseaba su muerte; con todo, aun conservaba una ráfaga de esperanza. Bādīs, a quien había ofrecido la suma de treinta mil ducados como precio de su rescate, le había hecho saber que tomaría en consideración su ofrecimiento; pero habían transcurrido ya casi dos meses sin que resolviera nada. En la corte de Granada había entre tanto un forcejeo de influencias contrarias, movidas en general por miras personales; así el embajador y cuñado del citado °Abd al-Aziz de Valencia, instaba al rey Bādīs para que diese muerte a todos los prisioneros, y el primero a Ibn °Abbâs, temiendo que si recobraban la libertad pudieran disputarle el reino recién anexionado a su corona. Bādīs, por su parte, fluctuaba entre la codicia del rescate ofrecido y el deseo de venganza. Su hermano Buluýyîn, a quien consultó, le manifestó que si aceptaba el rescate, pronto le suscitaría Ibn °Abbâs una guerra que le costaría el doble, y, en consecuencia, estimaba haría bien en ejecutarle cuanto antes.

Ante tales razones, Bādīs hizo llamar al prisionero y le reprochó sus desafueros en los términos más duros. Ibn °Abbâs se limitó a pedir clemencia, y ante los fatídicos presagios que entreveía en el semblante del monarca, cayó de rodillas ante él pidiéndole le perdonara la vida y tuviera compasión de sus mujeres y sus hijitos; al propio tiempo doblaba el precio de su rescate. Pero Bādīs, sin articular palabra, le clavó en el pecho su azagaya; su hermano Buluýyîn y el chambelán allí presentes hicieron lo propio, y entre desgarradores gritos de clemencia, el desventurado Ibn °Abbâs cayó muerto a los diecisiete golpes (24 de septiembre de 1038).

«La noticia de que el rico y orgulloso Ibn °Abbâs había dejado de existir —dice Dozy— corrió en seguida por toda Granada. Los africanos se alegraron, pero nadie recibió la noticia con mayor satisfacción que Samuel (ibn Nagrella). Ya no le quedaba más que un enemigo peligroso. Ibn Baqanna», el visir de los Hammudíes de Málaga, antes mencionado, con el que Ibn °Abbâs se había concertado para derrocar al judío. Pero, añade el mismo historiador, «un secreto presentimiento le auguraba que también ese perecería no tardando mucho». Y agrega: «tan verdad es que los sentimien-

tos de odio y de amor dan a veces una singular presciencia del porvenir.»

Humanamente hablando es natural esa satisfacción al verse libre de un enemigo sin escrúpulos que por todos los medios procuraba el descrédito y la ruina de su adversario; pero en este caso, aparte del odio personal que Ibn ʿAbbās profesaba a todos los judíos, la enemistad iba contra el visir granadino por lo que representaba de firme puntal y sagaz consejero de los reyes ziríes, y la desaparición de esos enemigos que le tenían declarada guerra sin cuartel era, a no dudarlo, un fausto acontecimiento para todo el reino.

En este duelo a muerte que se desarrolla entre los bastidores de la diplomacia, que se ve y se columbra más que presenciarse, la buena estrella acompañó al visir granadino; pero más acertado sería quizá atribuir el éxito a la mayor alteza de miras, superior sagacidad, clara visión de las realidades y demás dotes relevantes que poseía, frente a la temeraria ambición, desatentada arrogancia y tal vez inconfesables y alevos propósitos del perverso Ibn ʿAbbās. Es un ejemplo terrible de la ley ineludible que formuló el divino Maestro: «El que se ensalza será humillado». «Veía yo —dice el mismo— a Satanás caer del cielo como un rayo» (*Luc. 10¹⁸*).

Pero el severo juicio de la Historia debe templarse algo por la alta estimación que el visir almeriense demostró a la ciencia y las letras, y la compasión que en toda alma bien nacida despierta la desgracia, máxime cuando reviste los trágicos caracteres que ensombrecieron los últimos días de este desgraciado personaje, cuyo talento y afanes de grandeza, mejor empleados, tal vez hubieran labrado la ventura del reino que gobernaba.

David Gonzalo Maeso